VIA DOLOROSA PARA ACOMPAÑAR A MARÍA

Compuesta por la Sierva de Dios

María Concepción Cabrera de Armida.

ACTO DE CONTRICIÓN

Madre del alma, que, muerto ya el que era tu Vida, y después de haberlo dejado en el Sepulcro, te despediste de la ensangrentada Cruz, teniendo que arrancarte de aquel sitio; teatro de tus más crueles dolores: yo fui la causa de tus tormentos, y mis pecados fueron las espadas que atravesaron tu inmaculado pecho; yo, el verdugo que mató a Jesús, y clavo la lanza en tu corazón de amor. ¡Yo, Madre mía, que no merezco llamarme hijo tuyo!

Pero me pesa, ¡oh sí! millones de veces me pesa; y quiero decirte, en medio de mis sollozos y de mis lágrimas, que me arrepiento de mis pecados, causa de la muerte de mi Salvador; que quiero enjuagar tus lágrimas con mi corazón contrito; que te ofrezco, ayudado de ti, una verdadera enmienda.

Amén.

Al principio de cada Estación se dirá:

Adorámote, Cristo y bendicímote, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Virgen de los Dolores, para mi eterna calma: Permíteme llorar cuando tú llores y no apartes de tus ojos mi alma

Al fin de cada Estación, besando el suelo, se dirá:

María, Madre mía, amargo mar de tormento, ruega por mí en mi agonía, y haz que en el último aliento, alma y voz digan: ¡María!

Madre mía, pequé. Por tu martirio de soledad, ten piedad de mí, y alcánzame de Jesús, con sus perdones, una santa muerte. Me pesa en el alma haber traspasado su corazón y el tuyo.

PRIMERA ESTACIÓN

XIV

María en el Santo Sepulcro

-Expresando mi rostro dolor maternal, y surcado de ardientes lágrimas, cargué ya sin vida al que es la Vida; lo mire por última vez; y, cuando giró la piedra que cerraba la entrada del Sepulcro, dejé ahí el Cuerpo Santísimo de Jesús y mi alma toda ¡Oh hijo mío!, haciendo el esfuerzo más heroico de mi vida, me separé del que más amaba.

Había concluido mi misión, y casi no atinaba yo a comprender por qué no concluyó ahí también mi vida. Esto fue hijo mío, porque me quedabas tú, que ibas a ocupar el puesto de Jesús en mi corazón; porque me faltaba apurar el más terrible de los martirios, el de la soledad, para comprarte gracias. ¿Cómo había de morir, si ya era de Madre de los pecadores? Más ¿cómo seguir viviendo, si ahí me dejaba el corazón? Sólo Dios, sólo la fortaleza del Espíritu Santo me confortaba, solo la voluntad divina me detenía.

Madre del alma, dolorosa Virgen, ¿qué puedo decirte en tu dolor? ¿Con qué pureza de corazón podría enjugar las lágrimas de tus ojos, si soy un pecador? ¡Ay Virgen Santa! Sólo, humillado a tus pies, te podrá hablar mi llanto, impulsado por mi amor de hijo. Voy a seguir tus pasos de regreso al Calvario; voy a recoger tus suspiros, siendo tu compañero en el dolor.

El profeta clamaba que, "oyendo tus gemidos, no había quien te consolara", pero eso sería entonces, porque hoy, Madre del alma, aquí estoy yo, que tanto te amo, y que me muero por enjugar tus lágrimas. María, Madre mía, apóyate en mí, y volvamos del Calvario, a que tomes algún aliento en mi pobre corazón.

SEGUNDA ESTACIÓN

XIII

María en la piedra de la unción

-Sin lágrimas, hijo, porque todas las había derramado ya; sin aliento, y vibrando en mi pecho el dolor más agudo, que rompía las fibras de mi alma, pasé del Santo Sepulcro a contemplar la piedra de la unción, en donde tuve en mi regazo a Jesús, ya muerto.

Mira, hijo mío; al bajarlo de la Cruz, no cerró Jesús los brazos, para indicar que, aún después de muerto te espera, para estrecharte con su herido pecho. Y así lo tuve; lo ungué con aromas, besaba una a una todas sus llagas, le arranque con toda la ternura de mi alma la corona de espinas, y vi... ¡ay! vi mi imagen todavía retratada en sus pupilas; porque me miro al morir. ¿Qué me dices hijo de mis dolores?

-¿Qué te digo Madre de mis consuelos? Que me arrojé para siempre a esos brazos abiertos; que quiero lavar con lágrimas de arrepentimiento sus hondas heridas; que lo amo, Madre, que lo amo, y que quisiera morir por Aquel que me dio la vida.

TERCERA ESTACIÓN

XII

María en el lugar de la crucifixión.

-Subí al Calvario, hijo mío, al sitio donde, inflamado mi Jesús, murió en medio de dos ladrones. Quise abrazar la cruz enrojecida por la Sangre de mi Cordero, que era la mía, por última vez. Estuve en pie en el sitio donde fuiste redimido, y en vano buscaron mis ojos al que era mi luz y mi alegría. Otra vez se estremeció mi alma, al parecerme escuchas sus últimas palabras; oía aún el eco de su voz, los gemidos de su agonía; me parecía contemplar su palidez mortal y resonar en mis oídos los postreros latidos de ese Corazón lleno de amor, que arrastraría al claustro a incontables almas.

Repercutían en mi pecho sus acentos de perdón, de caridad, de terrible desamparo, de infinita confianza; y sobre todos, lo que, hiriendo mis oídos, abrieron mi pecho con el amor de Madre; que desde entonces lo soy tuya. ¿Qué me dices hijo, de mis tormentos?

-¡Oh María! Quisiera tener el fuego todo de los Serafines para decirte "¡Gracias!". Abismado contemplo tu serenidad en el dolor; yo, que huyo hasta de los tristes recuerdos... Tú buscas el medio de no dejar de padecer; y el de no angustiarme.

-Dame Madre mía, tu amor al sacrificio, y... prosigamos que ya ansío un descanso para tu amargado Corazón.

CUARTA ESTACIÓN

XI

María donde clavaron a Jesús en la Cruz

-¿Dices que quieres descanso para mi Corazón? ¿Acaso lo tuve en el mundo, después de muerto mi Jesús? ¡Ah, hijo mío! Mi descanso fue no descansar; y este debe ser el de las almas víctimas.

Aquí escuché los terribles golpes que taladraron la carne virginal de mi Hijo; aquí, entre blasfemias y burlas, abrace a mi Jesús por última vez, sentí sus brazos en mi cuello, sus espinas en mi frente, su fatigado aliento en mi boca, sus palpitaciones de más y más amor sobre mi pecho.

En mi alma experimentaba el dolor de todas sus heridas, los golpes de los azotes, la rozadura de los cordeles, las espinas de la corona, su sed, sus desamparos y su muerte.

Mira: asómate a mi Corazón; ve lo que es padecer, y saber sufrirlo.

-Madre mía, ¡Si no tengo valor para mirar al fondo sin fondo de tus dolores!... ¡Si ni los ángeles se atreverían a explicar lo intenso de tus tormentos, ni a tocar el Tabernáculo donde residen!... ¿Cómo he de tocar yo, ni con la vista, ese Sagrario de amor y de dolor?

Vamos, Madre de mi alma; no atormentes ya tu Corazón.

QUINTA ESTACIÓN

X

María ve arrancar a Jesús las vestiduras

-Este fue el dolor más delicado que me martirizó, porque fue el más duro y cruel para mi modestísimo Jesús. Aquí mis lágrimas han vuelto a correr y regaron el suelo, como regaron el Cuerpo de mi divino Hijo para encubrirlo. Mi Lirio de los valles, mi azucena ensangrentada, mi inmaculado Jesús, mi candor de la Luz eterna, mi Cordero sin mancha. Se inmolaba por los pecados impuros de todos los siglos.

¡Oh, hijo mío, hijo de mi Corazón! Si con el rubor de Jesús no se purificó el mundo, ¿con qué se blanqueara?

-Con tus lágrimas unidas a los padecimientos de Jesús, Virgen pura; con tu aliento de azucena, con tu inocencia, con tus dolores. Yo te prometo, por ese tormento indecible del Corazón de Jesús y del tuyo, huir de todas las ocasiones de pecar, y apartar, para consolarte, a millones de almas, si pudiera, del sendero del mal.

SEXTA ESTACIÓN

IX

María donde cayó Jesús por tercera vez

-Aquí lo vi caer, hijo mío, por tercera vez, en medio de sus ansias del llegar al Calvario para abrir el Cielo para ti, para dejarte abrir el Corazón y que vieras tu retrato y tu nombre estampados en el de Él. Aquí lo vieron mis ojos entre los pies de sus verdugos, hablándoles débil para debilitar su orgullo; buscando la tierra para que tú bajes tu soberbia y entiendas lo que es humildad.

Yo quería levantarlo en mis brazos y substraerlo del brutal atropello, esconderlo en mi seno, en mi alma; pero ni aun pude acercármele, y sentí recurrir en mi pecho el golpe de su divina frente contra la tierra. ¿Qué sientes, hijo de mis dolores?

-Vergüenza Madre mía, vergüenza y confusión, al considerar mi amor propio mis deseos de honores y miramientos; porque mi corazón se desespera de no verse honrado ¡Orgullo execrable, que te prometo, oh Madre, detestar y aborrecer por tu amor!

SÉPTIMA ESTACIÓN

VIII

María donde consoló Jesús a las santas Mujeres

-Ni en lo más cruel de los martirios se extinguía la caridad y la ternura del Corazón de mi Jesús. El más agradecido de los hijos de los hombres era Él. Ante los insultos, las calumnias y las burlas, callaba; pero ante el menor interés por su Persona, ante la caricia más leve, por una sonrisa, por las compasiones de sus dolores, Jesús se detiene, habla, aconseja, enseña y agradece.

Eso hace Jesús para pagar la compasión de cualquier mujer ¿qué haría conmigo, su Madre tan amada, que latía al compás de sus dolores, y en la que derramaba todas sus ternuras? Mi corazón se abisma en el suyo y el suyo en el mío, para comunicarme los más crecidos ardores de su infinita caridad.

-Pues yo deseo, Madre querida, aprender esta lección de mi Jesús: la dulzura y el propio olvido a la hora del dolor, porque yo soy todo lo contrario: me reconcentro, me irrito, pienso tan sólo en mis penas y me olvido en los que me rodean. Soy ingrato, soy culpable. Dios mío, ¡perdón, perdón!

OCTAVA ESTACIÓN

VII

María donde cayó Jesús por segunda vez

Detengámonos, hijo mío, que aquí reconozco, por las huellas de sangre, el lugar donde mi Jesús cayó por segunda vez, por el enorme peso de tus pecados. Cayó agotado por tantos padecimientos para que entendieras lo que costó salvarte.

-¡Pobre Jesús mío! Me miraba, buscando corazones que se levantaran muy alto, que lo hicieran amar y adorar. Todavía siento en sus pupilas, fijándose en mí decían me: "Madre, haz que el mundo no caiga en el infierno: tiende tu mano a aquella alma (tú), para que pronto se levante de la culpa.

Y todavía lo contemplo aquí, ahogándose con la soga, ensangrentado su rostro, atropellado, y recibiendo golpes y ultrajes de los enemigos; pero yo sé que pensaba en ti, en que no cayeras, en tu dicha y salvación. ¿Qué le contesto hijo mío?

-¡Ah, Madre santa! Dile que le prometo cogerme de esa mano bendita que me tiendes, y sostenerme en las tentaciones, en los peligros asido siempre a mi Madre Inmaculada; que me conceda un dolor en las recaídas en el pecado; que tenga siempre crucificado mi corazón, para que lo ame de verdad, probándole mi amor con dolor.

NONA ESTACIÓN

VI

María donde la Verónica enjugó el rostro a Jesús.

-Espera, hijo mío; otra vez detén el paso, que en este sitio quiero adorar una nueva ternura del Corazón de mi Jesús; una prueba más de como sabe recompensar los favores que recibe.

Mira: sudaba Jesús: la abundancia de sus lágrimas y de la sangre que, producida por las espinas, chorreaba por sus mejillas, le impedían ver. El polvo y las salivas desfiguraban su divina faz. Entonces, una mujer, compadecida de Él, desafiando amenazas y empujones, como amorosa ternura, aquí mismo limpió, con fino lienzo, el rostro adorable de mi Hijo. Yo pagué luego este consuelo con una mirada de infinita gratitud: y ella, absorta al contemplar grabado en el lienzo el divino Rostro. Ahogada en felicidad, me dijo. "Este retrato será para ti, que eres su Madre. ¿Quién más digna tú, de conservarlo? ¡Con que ansía lo espero, al regresar yo del Calvario! Más, ¿para qué quiero verlo, si en mi Corazón esta retratado mi Jesús con toda la suavidad de sus líneas? Si tú, hijo mío, quieres conocerlo, abre mi pecho, asómate a mi Corazón y te abismarás a su hermosura. ¿Qué dices hijo de mi alma?

-¡Oh, Madre mía! Yo bendigo, venero y adoro el favor insigne, la admirable ternura del Corazón de Jesús; y veo que tú aprendiste esa ternura. Cuando viniste a México, dejaste también grabada tu imagen en el ayate de un pobrecito indio. Beso, llorando, ambos lienzos, y los envidio; y me gozo al contemplarlos agradecido.

¡Gracias, Jesús de mi alma! ¡Gracias, Guadalupe bendita!

DÉCIMA ESTACIÓN

V

María en donde Simón cargó con la cruz.

-Hijo mío, si tú hubieras estado en aquellos momentos a mi lado, no como un extranjero, sino como un amigo, un hermano, un hijo de mis Dolores, tu hubieras ayudado a Jesús a llevar la cruz. ¿Es verdad que te habrías prestado gustoso a aliviarlo de su peso, a teñirle con la sangre divina, aligerando las penas de mi Jesús?

Mi Corazón quería romper mi pecho para irse junto a Él, para servirle de consuelo, para poner sobre mis hombros, no una cruz, sino miles de ellas, para que mi Jesús no padeciera. Él me miro entonces, recordándome con sus miradas lo que tantas veces me había dicho: "Enseña aquella alma (a ti) a amar a la Cruz, a cifrar en ellas sus delicias, a que se goce en el dolor por amor mío. Dile cómo es la Cruz el sello de los escogidos;; el calor del alma santa, el descanso, la dulzura y a la vez el crisol en que se purifican las almas para el cielo". ¿Qué contestas a esto, hijo de mis dolores?

-Qué me des la Cruz, Virgen santa; que la amo y la haré amar con toda el alma; que buscaré a muchos, que, enamorados de ella, sirvan a Jesús de Cirineos, cargando y expiando, unidos a Él, los pecados del mundo; que me llesves al Calvario, porque de ahí al Cielo, donde estáis Jesús y tú, Madre querida, sólo hay un paso.

¡Qué honra, ser del número de los sacrificados! ¡Qué dicha! ¡Qué ventura servir de consuelo a Jesús, siendo víctima con la Víctima, y quitando el peso a tus dolores!

UNDÉCIMA ESTACIÓN

IV

María donde encontró a Jesús

-Aquí, sí, déjame llorar, hijo mío. Oyendo el agudo sonido del clarín y los gritos de la plebe alborozada en este sitio, al volver esta calle, me encontré con Jesús. Y ¿cómo venía? Fatigado, rendido, alcanzando apenas respiración. Iba en medio de dos ladrones, rodeado de verdugos y sin corazón amigo: atormentado, sediento y haciendo supremos esfuerzos para no caer.

Dolor incomparable fue el que aquí destrozó mi alma en mil pedazos, al verme unos pasos de mi Jesús, sin poderlo arrancar de sus enemigos, sin poder estrecharlo, a lo menos, contra mi Corazón y enjugar sus lágrimas.

El me miró con una mirada de resignación y suavidad infinitas. Yo lo miré a través de los mares de lágrimas que me inundaban. Quise acercármele y fui brutalmente repelida. ¿Y qué me dijeron, aquellos ojos, llenos de ternura? "Dile que lo perdono; que no lo dejare huérfano; que me entregue sus ojos; que eres su Madre". Y yo se lo ofrecí.

-¡Oh, mi adorado Jesús de toda mi alma! ¡Oh, Virgen dolorosa de mi vida! Yo soy ¡oh, Madre! hijo de tu inmensa pena, y por tanto, mi confianza en tu fiel Corazón es ilimitada. Haz Señora, que llore yo tus mismas lágrimas porque mis ojos son ya de Jesús. ¿Cómo no regalárselos? ¡Ah, Madre! ¡Que sólo miren a Él; que sólo vivan de tu imagen; que sólo se abran para contemplar una Hostia consagrada; que sólo retraten el Cielo!

DUODÉCIMA ESTACIÓN

III

María donde cayó Jesús por primera vez

- Aquí cayó mi Jesús por primera vez: el enorme peso de la Cruz, que llagó sus hombros, le hizo caer. Y yo estaba lejos de Él, y no pude verlo, ni levantarlo, ni consolarlo; sólo repercutió en mi Corazón de Madre el golpe que su divino Rostro recibió en la tierra. Y cayó pensando para cuántas almas serían inútiles sus dolores; cayó para expiar tus reincidencias en los vicios; cayó, en fin, para que tú, hijo mío, y no yo, corrieras a levantarlo.

Se halló sólo, sin alivio; no veía sino crueldades, no oía sino blasfemias; no saboreaba sino amarguras. Todo era dolor de pies a cabeza; todo amor para sus hijos culpables. ¡Pobre Jesús Divino y cariñoso Jesús, que todas las crueldades las tomó para Él, y todas las bendiciones las dejó para ti! Y todo esto, para enseñarte a sufrir solo, sin amigos, sin un alma que te comprenda.

¡Oh, abismos de soledad del alma de Jesús, que quiso apurar todos los dolores para enseñarme el camino del Cielo, que es el del Calvario! ¿Con qué le pagaré, Madre mía, esos océanos de amor? Llorando yo, causa de sus tormentos, para consolarlo; adorando sus penas y su Sangre, y regando con ésta a mi alma; sembrando de corazones amantes el camino de la Cruz, para que no se lastimase en él.

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN

II

María donde cargó Jesús con la cruz

-Detén el paso, hijo mío, y parémonos en este sitio, donde Jesús sonrió a la Cruz y Él tendió, alborozado, sus brazos. Aquí la lleno de caricias, por ser la compañera de sus victorias; la baño con sus lágrimas y la estrechó contra su pecho, que tantas veces había soñado en ella. Y yo me estremecía, y mi Corazón se destrozaba, enajenado de amor y admiración.

¿Por qué hizo esto Jesús? Porque aquella imagen material la representaba las "Cruces vivas" en las que descansaría; las almas víctimas, que le tenderían los brazos para que se enclavara en ellas; los hijos de la Cruz y de sus dolores, que cifrarían su dicha en arrancar las espinas de su Corazón, en formarle un trono en cada alma, en proporcionarle un lugar de descanso y de consuelo. ¿No quieres tú pertenecer a ese número?

-No soy digno de ello, Madre querida, pero si quiero serlo. Enciéndeme en su santo amor, para llorar primero lo mucho que le he ofendido, y después cárgame, sonriendo, con mi cruz, para formar de mi vida un continuo Vía Crucis.

DÉCIMO CUARTA ESTACIÓN

I

María donde condenaron a muerte a Jesús

-Aquí contemplaron mis ojos a Jesús, que regaba con su Sangre el pavimento; destrozado por los azotes, con la corona de espinas en la cabeza, el manto de púrpura en sus hombros, y con la afrenta de la humillación más grande pintada en su semblante.

Todos aborrecían a mi Hijo. Todos pedían a gritos su muerte, y clamaban que cayera sobre ellos la Sangre del inocente, iban a matar, por fin, al que era su Vida. Iban a crucificar al que era su Rey. Temblando de pies a cabeza, vi a Pilatos firmar la sentencia; la inicua, la cruel sentencia de muerte.

Y Jesús ¿qué hacía? Hijo mío, lo que siempre: mirarlos, bendecirlos, perdonarlos. Su delicado Corazón agonizaba de pena, y se le rompía en mil pedazos al ver que rechazaban a su salvador, que se atraían la maldición del Cielo, que recogía Espinas el que solo había sembrado Rosas.

¡Oh! ¡Qué Jesús tan humillado! ¡Oh! ¡Qué Jesús tan atormentado! y mi Corazón reflejando, como un espejo, todas las ignominias, decepciones y amarguras del suyo, agonizaba también; y con Él, sólo un lenitivo hallaba en mi dolor ¡Salvarte! ¿Qué siente tu corazón hijo?

-Amargura, indignación, vergüenza, mil encontrados sentimientos; y quisiera agotar todas las penas y las afrentas de tu Jesús. Yo he gritado muchas veces con mis pecados: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Pero ahora te digo a ti, Madre del alma: ¡Crucifícame, crucifícame!, en expiación de mis pecados, y para ser menos indigno de llamarme "el hijo de tus dolores".

ORACIÓN FINAL

-Y ahora, Virgen Santa, ¿A dónde vamos?

-A un departamento del Cenáculo, hijo mío, a encerrar mis dolores que no caben en mil mundos; a llorar sin testigos mi soledad; a contemplar, arrobada, estos recuerdos que en mis manos llevo: los clavos, la corona, la esponja y la lanza que traspasó el centro mismo de todos los amores.

Cargo conmigo mis recuerdos y mis lágrimas, mis tormentos y mi soledad. ¿Para qué quiero más? ¿Para que la vida, si ha muerto el que me la formaba? ¿Para qué la luz, si sus pupilas se han apagado?

¿Qué puede ya detenerme en el mundo? ¡Ah, hijo mío!, tu, tu que me has acompañado en mi Vía Crucis, eres quien me detiene en la tierra; tu amor y el título de madre, que acepte de los moribundos labios de Jesús. Tengo que comprar, en unión de sus méritos, una a una, y para ti, todas las gracias. Tengo que contarte mis dolores en la preciosa vida de mi Hijo. Tengo que dar la vida por ti en este dilatado martirio de soledad, al cumplir gozosa, la voluntad divina. Y aquí estoy, aquí: me tienes, repitiendo, feliz estas hermosas palabras: "He aquí la Esclava del Señor". Lleguemos, pues, que quiero agotar todas mis ternuras de Madre para conmoverte y salvarte.

¡Oh, María! ¡Gracias! ¡Gracias! Con toda la intensidad de mi amor, con toda la fuerza de mí alma quiero agradecer tus dolores

y tu soledad; quiero amar a Jesús como tú lo amaste, con toda la medida de la Cruz, con todo el fuego de tu amante pecho, con toda la pureza de tu alma. ¡Y antes la muerte, que serte infiel!

Por las amargas lágrimas que en este Vía crucis derramaste a tu vuelta del Calvario, por el martirio sin nombre que la ausencia te deparó con dolores inconcebibles, ten piedad de este corazón mío, tan humano, tan material y manchado. Haz que, desde hoy, respire sólo la fragancia atmosfera del Calvario; y no me olvides, Madre, a la hora de mi muerte. Haz que entonces escuche de tus purísimos labios lo que dijiste a un alma: "¿Para qué te entristeces tú, que me consolaste en mis dolores? Alégrate que te salvarás". Así sea. María, envuélveme en tu manto ensangrentado, y bendíceme. Amén.